

JULIEN, Catherine. *Reading Inca History*. Iowa: University of Iowa Press, 2000, XI + 338 pp.

Una minuciosa relectura de las crónicas indianas de los siglos XVI y XVII, una audaz propuesta de acercamiento a la conciencia histórica de los incas y una sugestiva revisión del modelo de organización y el desarrollo del Tahuantinsuyu: tales son las propuestas nucleares que contiene este nuevo libro de la profesora Catherine Julien, fruto de una larga experiencia en el manejo de las fuentes coloniales tempranas. La autora, antropóloga graduada en Berkeley (y discípula muy cercana de John Rowe), preparó esta obra durante los años que pasó como investigadora afiliada al seminario de etnología americanista de la Universidad de Bonn. Julien ha contribuido por cierto con varios otros títulos al campo de la arqueología y la etnohistoria del mundo andino, y actualmente ejerce la cátedra en el departamento de historia de la Western Michigan University, en Kalamazoo.

Luego de las prevenciones que algunos maestros de la etnohistoria andina –como Zuidema, Duviols y Pease– habían levantado contra la imagen de “larga duración” transmitida por los cronistas españoles acerca del Incario, la propuesta de Catherine Julien viene a restituir a la dinastía de los incas sus brillantes tonalidades de antaño. De hecho, encontramos en su libro una argumentación contra el concepto de diarquía o gobierno paralelo de los gobernantes de ambas mitades del Cuzco, *hanan* y *hurin*. No es ocioso, en este contexto, que el capítulo quinto recuerde las fechas ya casi olvidadas de la cronología propuesta por Cabello Valboa: Manco Capac habría muerto en 1006, Capac Yupanqui en 1306, Viracocha Inca en 1438, Pachacutec en 1473, y así por el estilo.

Por tratarse de fuentes más cercanas a la versión guardada por la elite en el centro del Imperio, se prefieren las crónicas de Betanzos, Cieza de León, Sarmiento de Gamboa, Murúa, Cobo y el ya citado Cabello Valboa. Como si se tratara de una fou-

caultiana “arqueología del saber” (término que incidentalmente aparece), *Reading Inca History* aspira a rescatar las fuentes originales de la historia incaica subyacentes en la narración de tales autores. Lo que se observa, en el fondo, es la poderosa vigencia del esquema o género genealógico destinado a registrar la información esencial sobre la línea dinástica y los hechos más notables de los gobernantes: dado que los historiadores europeos estaban acostumbrados por el paradigma clásico –léase, v.gr., Suetonio– a seguir también un esquema sucesorio en la presentación de los grandes personajes, no habrían tenido inconveniente en recoger la narración que transmitían esas tablas de madera que celosamente conservaban los guardianes de la memoria dinástica.

Está claro, sin embargo, que en el transcurso de doce generaciones –desde el legendario Manco Capac hasta los hijos de Huayna Capac– debieron haberse fraguado ciertas tergiversaciones del pasado, en función de los intereses de los gobernantes más recientes. Por ello sugiere nuestra autora que la historia de los incas habría sido arreglada (o mejor, estandarizada) a partir de la consolidación estatal por obra de Pachacutec; incluyendo en esta remodelación la leyenda de origen sobre los hermanos Ayar y su proveniencia de una mítica cueva en Pacaritambo. Julien establece con claridad, mediante el cotejo de las principales versiones, cómo se dio en ocultar la subsistencia de por lo menos tres hermanos de Ayar Manco, quienes también habrían podido alardear de su prestigioso y antiguo origen.

La pertenencia al círculo más restringido de la elite incaica se habría delimitado a través del estatus de *capac*, un término peculiar y difícil de traducir cabalmente, que ha pasado por ejemplo en la titulación original del manuscrito de Betanzos, que trata de “los yngas que los yndios nombraron *capac cuna* que fueron señores en la ciudad del Cuzco [...]” (pp. 27-35). Y para quien tuviera reparos en aceptar la imagen de un Tahuantinsuyu de larga duración que propone Julien, ella misma observa que las evidencias arqueológicas más recientes hablan de fases bien distinguibles en la arquitectura y cerámica de los incas.

Por otra parte, al tratar los géneros propios de la historia incaica, se habla de las historias de vida de los soberanos mayores –como Pachacutec o Tupac Inca Yupanqui–, cuya elaboración e inclusión habría obedecido a unos propósitos muy concretos de transmisión de un aura de poder. Analizando estos objetivos y las circunstancias que impuso el registro de la información en aquellos tiempos iletrados, venimos a entender los modos de emergencia del poder incaico y, sobre todo, su conservación a través de los descendientes reunidos en las panacas. No olvidemos que durante la época colonial existió en la ciudad del Cuzco un cabildo paralelo de incas nobles, donde tenían asiento veinticuatro regidores en representación de once o doce panacas: las de Manco Capac, Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Mayta Capac, Capac Yupanqui, Inca Roca, Yahuar Huacac, Viracocha Inca, Pachacutec (llamada esta Capac Ayllu), Tupac Inca Yupanqui, Huayna Capac y a veces Huascar; según lo comprueban las modernas indagaciones de Donato Amado.

Llegamos así a los capítulos 6, 7 y 8 que conforman una segunda parte, más breve y afirmativa, de la obra que comentamos. La autora pone el acento en el deliberado esfuerzo que realizaron los incas por transformar la planta arquitectónica y la imagen del Cuzco, convirtiéndola de modesto asentamiento de un grupo étnico en una monumental capital, el “ombbligo del mundo” precolombino. Esto era parte del ambicioso programa destinado a reflejar el poder de la expansionista elite quechua en los Andes. Si los incas fueron hábiles en dar una nueva estructura a su gran urbe, también serían capaces de crear, guardar y transmitir su propia historia, la misma que habría pasado a la narración de los españoles con un nivel de distorsión inevitable, debido a los filtros o interferencias de lengua y cultura (pero que hoy, sin embargo, parecen salvarse).

Su manejo escrupuloso de los textos hispánicos y su cuidado en “deconstruir” la narración de las crónicas insertan a Catherine Julien en un nuevo y sugerente ámbito de trabajo: la semiología y la estructura del discurso, alimentado por las modernas teorías sobre la textualidad en la historia como representación del pasado. Por esta valiente incursión en una disci-

plina novedosa y compleja, y por la consistencia en su manejo de ideas y propuestas, saludamos el esfuerzo de la colega norteamericana. No hay duda de que *Reading Inca History*, un estudio que nos devuelve una serie de imágenes casi olvidadas del Imperio incaico, generará mucha discusión entre historiadores y antropólogos y nos incentivará a seguir leyendo e interpretando las fuentes clásicas de aquella época.

Teodoro Hampe Martínez
Instituto Riva-Agüero